



MADRE MIA

(A MIS HIJOS)

I.

Eran ya los últimos días de grandeza del emperador Napoleon I, y Francia, agotadas las fuentes de su sávia, con que tan caro habia pagado la gloria de ver á sus pies á los más poderosos Estados de Europa, ni aun hombres tenia para poner armas en sus manos y enviarles á la muerte.

Para afrontar á los veteranos de los ejércitos aliados, hubo que llamar mozos imberbes, punto menos que niños, los cuales se hallaron en los campos de Lutzen por primera vez ante el enemigo.

Oíanse acá y allá los tiros de las fuerzas avanzadas, y de vez en cuando el sordo estampido de lejanos cañonazos.

Y los disparos iban aumentando, y sonaban cada vez más cerca, mientras arreciaba el retumbo de las piezas de artillería, á cuyo tronar contestaban otras muchas que hasta entonces habian permanecido en silencio.

En tres filas formada la infantería francesa, semejaba incontrastable muro. De pronto, creció el fuego, de manera, que no parecia sino que los combatientes no querian dejar á sus contrarios ni aun tiempo para cargar las armas. Y aquellas tres hileras de hombres, hasta entonces inmóviles, se revolviéron á un tiempo á la voz de sus jefes, y los fusiles, puestos á la par en alto, se inclinaron adelante..... apuntaron, é inmensa humareda, surcada de centellantes chispazos, envolvió á aquella infantería compuesta de quintos que por primera entraban enfuego.

Enfrente estaba el enemigo, y con no menos priesa disparaba sus fusiles contra los imberbes guerreros. Algunos de estos, como si se halláran cansados, dejando caer el fusil, tendian sus manos al inmediato compañero, en quien trataban de apoyarse. Mas si el compañero se movia para cargar ó hacer fuego, caian aquellos... caian para no volver á levantarse, y sin sospechar

los infelices que estaban heridos de muerte. Y eran los menos desventurados.

Otros, á quienes rugiente bala de cañon habia quitado un brazo ó despezado las piernas, despues de abrir sangrienta y espantable brecha en la muralla humana que tenian delante, gritaban al verse tintos en su propia sangre: ¡*Ma mère!* (¡Madre m'a!)

Palabras que en todo idioma traen el amor al corazon ó el llanto á los ojos de los hombres.

Era cada vez más sangrienta la pelea, y entre el seco estallar de los fusiles, retumbaba y ensordecia el fragor de los cañones, mensajeros de la cólera divina. Y mientras los quintos de Napoleon disparaban contra el enemigo, ¡cuántos no volvian atrás la cabeza, y acordándose de que pocos años antes jugaban todavía en el regazo de su madre, exclamaban llenos de angustia al ver el cadáver de su compañero, que en aquel momento acababa de expirar llamando á la suya: ¡*Ma mère!* ¡*Ma mère!*

Por detrás de la tercera fila corria un hombre á caballo, espada en mano, gritando: «¡No es nada, hijos mios; firmes, la pátria os mira, á morir por ella!» Aquel hombre era Napoleon, y en el *Memorial de Sainte Heléne* del conde de las Cases han quedado sus palabras, más no las de los míseros soldados, para quien la gloria estaba en el reciente recuerdo de sus madres. A veces aquellos pobres niños se arremolinaban, y antes que llegaran á desbandarse, acudia Napoleon á sostenerles, poniendo de través el caballo, y ellos al oirse llamar hijos mios, bien veian que aquel hombre no se acordaba de sus madres, y volvian á

su puesto, y cargaban el arma y hacian fuego, mas no por eso dejaba de correr entre las filas aquel clamor que la grandeza de Napoleon no ha podido acallar: ¡*Ma mère!* ¡*Ma mère!*

II.

Pasaron años. Lloró Francia su propia gloria, como al presente llora su desventura. Y hubo en ella luchas civiles que otros pueblos se dieron prisa á imitar.

Rayaba el alba del 7 de Mayo de 1848, y aunque á tal hora no es mucho que estén desiertas calles y plazas de Madrid, con todo, habia algo en la atmósfera de la córte de España que sin duda presagiaba extraordinario suceso, de aquellos que tan á menudo han ensangrentado el suelo de España. Habíanse oido ya algunos tiros, y de ellos estaba herido de muerte el capitán general D. José Fulgosio, tercero de los capitanes generales de Madrid que han sacrificado su vida en defensa del órden. Nada más puede decir sobre el asunto quien esto escribe, porque se lo estorban la sangre y nombre que lleva.

En la esquina de Correos que dá frente á la calle Mayor habia un centinela, y si bien no podia darse por comenzada la lucha con el asesinato del general, cierto que no era cosa de que tardase mucho en romperse el fuego, cuando á lo lejos cerraban el paso de la ancha calle no pocos paisanos y algunos militares pronunciados. ¿Qué hacia aquel infeliz centinela de tal manera expuesto él solo á segurísima muerte en cuanto enviasen los enemigos la primer descarga? ¿Por qué no le quitaron de allí?...

¿Qué habia de hacer, hijos mios, si-

no acordarse de su madre? Los hombres le tenían olvidado, pero sin duda en aquel momento rezaban por él á Dios los lábios maternales... De pronto, hicieron fuego los pronunciados y el pobre centinela cayó, abriendo los brazos, soltando el fusil y diciendo antes de expirar: *¡Madre mia!*

Lo mismo decían los heridos de los pronunciados, pues no hay consuelo para el hombre acá en la tierra como acordarse de su madre. Y aun algunos infelices que por ventura no habían conocido á sus madres contestaban, especialmente en el movimiento del mismo año en Marzo, á los *vivas* á la república de sus compañeros, con el *Mare de Deu des Desamparats* de los hijos de Valencia.

En Marzo no hubo castigos de muerte. Húbolos en Mayo, y los infelices soldados cuando sacaban el número que les había de dar ó quitar la vida, ¿de quién se habían de acordar sino de sus madres? ¡Ah! ¡Si en el momento en que un cuerpo es diezmado despues de vencida una insurrección, pudieran los autores del movimiento estar allí presentes! ¡De cierto renunciaran á tan reprobados medios de adquirir poder y honores!

En las afueras de la Puerta de Alcalá perdieron la vida los infelices soldados. Vayan por allí las madres, y verán cómo aún se oyen sus palabras y lamentos, cómo aún parece que el eco repite: *¡Madre mia! Madre mia!*

III.

No ha muchos dias... bien sabeis, hijos míos, que una guerra asoladora devasta á la hermosa Francia. Alemania entera en armas señorea gran parte del territorio de nuestros vecinos.

Doscientos mil alemanes rodean á París como inquebrantable círculo de hierro.

No ha muchos dias, un hijo de Bretaña estaba de centinela en un punto avanzado de la meseta de Mont Avron. Era de aquellos nuevos soldados que, con el nombre de *móviles*, han tomado las armas en defensa de la pátria. Los nobles bretones no han acudido á frases huecas y vacías no pocas veces de juicio para apercibirse á la guerra. No ha habido en aquel nobilesimo rincón de Francia vanos alardes ni insoportable vanagloria. Bástale al breton esta divisa: *¡Dios y la Pátria!*

En su puesto el centinela que ya hemos mencionado, vió de pronto á lo lejos multitud de fogonazos, y mientras llegaba despues, hendiendo el aire, pavoroso estampido de centenares de cañones que á un tiempo disparaban desde la línea alemana, rújian por encima de su cabeza descomunales proyectiles que estallaban sobre la meseta de Mont Avron. Aquel era el comienzo del bombardeo de París.

¡Dios y la Pátria! exclamó el generoso breton apretando convulso y airado el fusil, inútil entonces en sus manos, para defender á aquel París, de donde, en especial á fines del siglo pasado, salieron tantos decretos de sangre y de muerte contra los hijos de Bretaña.

Mas los defensores contestaban débilmente al fuego de los alemanes. Arreciaba el fuego de artillería de estos. Acercábase... Callaron los cañones franceses y nadie parecia dispuesto á defender la meseta de Mont Avron. *¡Dios y la Pátria!* exclamó el valiente centinela, resuelto á morir donde estaba... En aquel momento, la infante-

ría alemana, á tiro ya de fusil, hizo una descarga...

Y el hijo de Bretaña, prez de Fran-

cia, cayó herido de muerte al suelo, gritando: ¡*Madre mia!*

FERNANDO FULGOSIO.



Estas dos niñas juegan á las vecinitas, remedando y plagiando la conversacion que suelen tener de ventana á ventana las criadas de la casa. No han buscado muy buen modelo por cierto, y bueno será que los padres las vigilen para que no aprendan las palabras no muy cultas de las criadas.

EL GATO Y EL RATON

(FÁBULA)

Un gato, ya muy viejo,
á un raton le decia:

—«Desde hoy, si te parece,
puedes cambiar de vida,
que en nadie de tu casta
haré mas tropelías.

Desde que me he hecho viejo
mi vida es muy tranquila,
y para mí acabaron
antiguas correrías.

No temas, pues, que ahora
te atrape ni persiga,
que es firme mi propósito
de mejorar de vida.»

—«Me agrada que ya tengas
ideas tan pacíficas;

—dijo el raton al gato—
y pues con paz me brindas,
seamos siempre amigos;
adios, hasta la vista.»

Sin miedo su camino
el raton proseguía:
el gato atentamente
le sigue con la vista,
y, por instinto solo,
sin intencion dañina,
atrapa al ratoncillo,
que al espirar decia:

—«*Quien malas mañas tuvo,
muy tarde las olvida.*»

A. CASTILLA.



ECCE-HOMO

ÉL era Dios, y por decreto arcano
De inefable inmortal sabiduría
Bajó á encarnarse como sér humano
Dentro del casto seno de María.

ÉL se hizo hombre, y en su noble frente,
De su clara pupila en la dulzura,
Y en su humilde y sereno continente,
La luz del cielo reflejaba pura.

ÉL era Justo, y sin que vil pecado
De su virtud el brillo sin segundo
Con su aliento le hubiese mancillado,
Cargó sobre sí mismo los del mundo.

¡Oh misterio de amor! El que dispone
De los bienes y males de la suerte,
Manda que toda dicha le abandone,
Y, obediente á la Cruz, corre á la muerte.

Y ¡oh proterva maldad! Aquellos mismos
Que recibieron sus mercedes santas,
Cual precita legion de los abismos,
Hiérenle del cabello hasta las plantas.

¿Qué hizo JESUS DE NAZARETH? ¿Qué intenta,
Para ultrajarle así con saña loca!
¿Qué bien no nace do su pié se asienta!
¿Qué consuelo no mana de su boca!

¡Los ciegos ven! Y tras la noche horrible
Que en tiniebla de muerte los sumia,
Pueden gozar del sol la luz sensible;
Y, con la luz, del bien y la alegría.

¡Los cojos andan! Y al letal reposo,
Do les ataban invisibles grillos,
Sucede el ágil salto vigoroso,
Señal de dicha en ánimos sencillos.

¡Los leprosos se limpian! Y la negra
Podredumbre que el mundo les cerraba,
Viene á quitar rubicundez que alegra
Y que de toda imperfeccion los lava.

¡Los sordos oyen! Y al silencio mudo
Que les hizo yacer como en la tumba,
De la vida el rumor sucede rudo
Que en varios sonos por los aires zumba.

¡Los muertos resucitan! Y del seno
Del sepulcro fatal, mansion de espanto,
Salen con rostro de entusiasmo lleno
Que les hace verter gozoso llanto.

¡Y los pobres, á más, se evangelizan!
Y, al conocer la redentora nueva,
Con los ricos magnates fraternizan
Porque un camino solo á Dios los lleva.

Decid, decid, ingratos y traidores
Que ante el Gábbatha estais, en ódio ardiendo,
¿Por cuál de estas mercedes y favores
La muerte de JESUS pedís rugiendo?

¡Vedle allí, como sale del Pretorio
Vertiendo, sin gemir, sangre inocente,
Con un manto de púrpura irrisorio,
Con corona de espinas en la frente,

Mostrando un cetro de silvestre caña,
Ligadas ambas manos bienhechoras,
Sudorosa la faz que el duelo empaña,
Tristes los ojos, antes dos auroras!

Y todo sin quejarse lo ha sufrido,
Viles azotes, bárbaros ultrajes,
Manos que sus megillas han herido,
Salivas y blasfemos homenajes.

¿Tanta desolacion no os apiada!
¿Y mirarle podeis, con ira, fijos!
¿Bien pedis que su sangre inmaculada
Sobre vosotros cáiga y vuestros hijos!

Sabrá vuestro castigo el universo;
Y al ver narrada ingratitud tan fiera,
Dirá, huyendo de horror: «¡Pueblo perverso!
¿Más ciego y duro que Pilatos era!»

Y ese á quien vilipendia mofa impia,
Varon de sufrimiento y de dolores,
Vendrá en las nubes al postrero dia,
Rey de reyes, Señor de los señores.

Y al verle, de esperanza sin asomo,
Premio dar á las almas inocentes,
Direis desesperados: «¡*Ecce Homo!*»
¿Será allí el llanto y el crugir de dientes!

ANTONIO ARNAO.

UN PASEO POR EL CAMPO

(LA VID)

¿Habeis vivido siempre en la ciudad?
¿No habeis salido nunca al campo y no habeis gozado de los encantos que la naturaleza ofrece en las diversas estaciones del año á los que se apartan de los centros populosos?

Si es que habeis gozado de las bellezas de los prados y de la sublimidad de los paisajes silvestres, ¿habeis contemplado la hermosura de un campo cultivado?.....

Entonces entre los olivos, símbolo de la paz, habreis visto tal vez ostentar afanosa sus dorados racimos á la vid, planta importante por la gran aplicacion que tienen sus frutos.

¿Y sabeis que este arbusto se introdujo de Asia y que cultivado en Europa ha dado infinitas variedades?

¡Oh! Vosotros que cuando salís de la ciudad al campo no pensais mas que en gozar del aire libre, no os habreis tal vez fijado en las particularidades de cada planta, y por mas que en el colegio se os haya dicho que Noé al podar el fruto de su viña quedó dormido, y que uno de sus hijos hizo burla de él, ni os habreis siquiera detenido á recordar la Historia del Antiguo Testamento, y mucho menos á analizar las propiedades de esta planta.

Pues bien: yo que deseo que no seais como los autómatas; que me intereso por vosotros y que anhelo que saqueis partido de todo, voy á acompañaros en uno de vuestros paseos por el campo y á explicaros algunas de las propiedades de la vid, cuya planta debe ha-

beros llamado la atencion por la hermosura de su follaje y la dulzura de su fruto.

Este se llama uva en castellano y no maduro, produce el agraz, agradable refresco que hace las delicias de las gentes de buen tono á la entrada del verano.

Ya maduro, es por demás delicioso, y aunque un poco laxante y diurético es un gran postre y una comida agradable y deseada, sobre todo cuando se logran determinadas variedades.

Sirve tambien para hacer vino, del cual luego se obtiene el alcohol ó espíritu de vino y el vinagre ó ácido acético.

El zumo de las uvas se llama mosto y de él se extraen en algunos puntos el azúcar que se llama *azúcar de frutas* ó *azúcar de uvas*.

Las semillas sirven para la alimentacion de muchos animales, especialmente de los volátiles, y de los residuos que quedan, hecho el vino, se hacen tortas para la lumbre ó abonos muy útiles para algunas plantas, entre ellas para los espárragos.

La uva seca y preparada convenientemente, dá la pasa, rico postre de invierno y las heces del vino quemadas, lavadas con agua y molidas, dan el *negro de Alemania* ó *negro de Francfort*, que sirve para la tinta de imprenta, así como de las cenizas de los sarmientos se obtienen *las cenizas graveladas*.

En Italia tambien de las granillas

de la uva se extrae un aceite que se llama de *granos de uva* y que rivaliza con el de *olivas*.

Las variedades de uvas que se conocen son infinitas, y las más celebradas por las aplicaciones que tienen

son las de Alejandría, las de Alicante, las de Borgoña, las de Burdeos, las de Corinto, las de Damasco, las de Esmirna y las de Italia.

F. ROVIRA AGUILAR.

A MARIA

Venturoso mortal que amante guía
De María los pasos al altar;
Que el nombre de la Virgen fué María,
Y estrella significa en turbio mar.

¡Oh! tú que remas con trabajo y arte
Contra el negro huracan que te persigue,
Si del revuelto mar quieres salvarte,
Esa estrella contempla y su luz sigue.

María es nombre junto á Dios propicio;
Luz que al mundo ilumina, hoguera lenta,
Que enciende la virtud, consume el vicio,
Y mas que al cuerpo al ánima calienta.

Ese nombre de amor, que hasta en reflejos
Presta á la oscura noche luz brillante,

Que nunca sea de tu boca léjos,
Que nunca esté del corazon distante.

Si te amenaza en la civil pelea,
Ya envidia, ya rencor, busca ese guía;
Si atribulada tu constancia ondea,
Si te rinde el dolor, llama á María.

María es la salud, la paz amiga,
María es la esperanza, el bien mas caro;
En seguirla dó quier nunca hay fatiga,
Ni naufragios jamás bajo su amparo.

Que el nombre de la Virgen fué María,
Que estrella significa en turbio mar:
¡Venturoso el mortal que amante guía
De María los pasos al altar!

JUAN DE LA PEZUELA,
Conde de Chesta

HISTORIA DE UNA VELETA Y DE UN RELÓ DE SOL



(CONCLUSION)

Sin embargo, al cabo de algun tiempo se conoció que el navío en lugar de abatir el rumbo permanecía quieto, y empezaron las conjeturas de la gente, sin descubrir la verdadera causa de la detencion. Los pesimistas, eran los mas, declaraban que el barco hacia agua y que de un momento á otro se iba á sumergir.

Por esto, en opinion del viejo marino Jonás, una parte de la tripulacion

acababa de saltar sobre un gran lanchon que el navío remolcaba con ayuda de un cable. Gracias á esta precaucion, el resto de los náufragos conservaba una débil esperanza de salvacion, si podian reunirse á sus compañeros antes de que la embarcacion se hundiera en el abismo.

Pero pasó una hora y la situacion no habia cambiado; el navío no parecia moverse á pesar de que le acome-

tian olas formidables que pasaban por encima de su puente roto. Los espectadores aterrorizados exclamaban:— ¡Está perdido! ¡No hay esperanza!— Y sin embargo, el timon el no abandonaba su puesto; los que estaban en el lanchon permanecían inmóviles, y los que estaban á bordo del navío, á quienes ya se distinguía bien, hacían ciertos preparativos, cuyo objeto nadie podía explicarse.

En fin, alguno afirmó que levantaban un mástil de repuesto. ¿Era una señal dirigida á otro buque á la vista ó un conato de salvacion? Nadie lo sabía, pero pronto se disiparon las dudas. Los espectadores vieron izar una pequeña vela; el barco seguía su marcha, no ya á la ventura, sino guiado por una mano hábil.

Se conoció entonces que había estado anclado, que la tripulacion no se consideraba perdida, y que en aquel momento se esforzaba para pasar por entre los arrecifes á fin de ganar el puerto mas cercano.

El viejo marino se volvió y prestó su catalejo á uno que estaba junto á él.

—Me parece, dijo, que no van á conseguir lo que quieren. ¿A quién se le ocurre que un barco cómo ese, más viejo que mi abuelo, va á poder pasar por entre las rocas y abrigarse en el puerto con un temporal como este?

El hombre tenía costumbre de verlo todo muy negro, pero sus palabras no desalentaron á los demás que ya empezaban á respirar mas tranquilos creyendo que el barco podría salvarse.

Los aldeanos empezaban á dispersarse para ir á ocuparse cada cual en sus quehaceres, cuando llegó muy agitado un jóven que subía de la playa. Traía una noticia muy á propósito para com-

batir la apatía que sucede generalmente á las grandes emociones. La casita del viejo marino, aquel que se paseaba por el cementerio, única que había en la playa, estaba cerrada, y por las señas no había nadie de la familia dentro. Las comadres del pueblo encontraron una ocasion pintiparada para detenerse á hablar otro ratito más. Se preguntaban y respondían, hacían mil comentarios y conjeturas acerca de la desaparicion de aquella familia, cuya ausencia parecía interesarlas más que la suerte del navio que en aquel momento corria tan graves peligros. Descubrióse entonces casualmente que faltaba otro personaje del pueblo. Este personaje era el sepulturero. Una vecina había entrado en casa de este á fin de saber de la mujer que se había desmayado, y había encontrado á la esposa de aquel, sentada junto al fuego, llorando sin consuelo, y poseída de la mayor desesperacion.

—Déjeme Vd., había gritado la vecina, apenas la vió, no necesito que nadie venga á consolarme, yo no quiero saber nada, nada, no quiero saber que el buque se ha sumergido.

—¿Qué es lo que dice Vd?... había exclamado la vecina. El buque está en salvo ó poco menos; tiene un mástil y una vela.

—Si, si, pero las rocas... decía la mujer del sepulturero, manifestando el mas vivo dolor.

—No tenga Vd, cuidado, vecina. Ese maldito viejo, el dichoso Jonás es el que ha querido hacer creer que no podrá pasar por entre las rocas el buque, pero nadie se lo ha creído. Ese hombre parece que tiene gusto en augurar desgracias. Pero, ¿y su marido de Vd?

A esta pregunta contestó la pobre

mujer con un grito de desesperacion.

—¡Allá abajo, allá abajo! repetia. Allí está con ellos, le he visto con el catalejo del señor Jonás.

Esta era para la vecina una noticia inesperada. Sin pedir mas detalles, salióse de la casa de la desconsolada esposa, y ya se imaginaba que esta habia perdido la cabeza. Corrió, pues, á contar el suceso á todo el pueblo.

La mujer del sepulturero no estaba loca, no. Como otras, habia pedido al señor Jonás el catalejo, y habia reconocido á su marido entre los que ocupaban la lancha de que hé hablado ya. No encontrando cerca á ninguna de sus amigas íntimas, conmovida, consternada, se habia encerrado en su casa; necesitaba estar sola para entregarse á su dolor, para llorar, porque ya contaba muerto á su marido. La buena mujer creia cierta la siniestra profecía del siniestro Jonás.

La noticia de la supuesta locura de la mujer del sepulturero se esparció con sorprendente rapidez, y Dios sabe á donde hubieran llegado los comentaristas del suceso si no hubiese venido oportunamente la hija del viejo marino, amigo del sepulturero, que dió al asunto fácil y sencilla explicacion.

Contó que su padre y sus dos hermanos no se habian acostado la noche anterior. Fieles á su propósito habian vigilado desde la puerta de su cabaña, y hácia la una de la noche el viejo divisó la luz de Bengala que anunciaba el peligro en que se hallaba una embarcacion.

—Es la voluntad de Dios, exclamó el viejo, é invitó á sus hijos á que le siguieran.—No lo dudeis, añadió; en esto como en todo, se vé la mano de Dios.

Sus hijos le obedecieron sin pedirle

explicaciones de sus palabras. El viejo, al adivinar la señal del buque habia recordado su paseo por el cementerio, sus observaciones acerca de las señales precursoras de la tempestad, la leyenda que habia visto en el reló de arena y la resolucion que habia tomado de velar incesantemente, siguiendo el consejo de la inscripcion.

En aquel momento inspiraba al buen viejo la esperanza que sostiene á los defensores de las buenas causas, y ya veia en su pensamiento cumplida la buena obra y en salvo la tripulacion del barco. Al decir: «Es la voluntad de Dios,» pensaba á la vez en el pasado, el presente y el porvenir.

Vista la direccion de donde partian las señales del buque, el marino creyó que lo mejor seria embarcarse en el mismo lugar donde se hallaba la barca. Como su hija no queria quedarse sola en casa, resolvió llevarla á otra, y despues de hecho esto, y cuando ya iba á partir, se acordó de que el sepulturero queria que le avisase si ocurría algo en el mar, y para avisarle envió á uno de los hijos.

En mitad del camino le encontró este, y el hombre, aun sin prevenir á su mujer, quiso ser de la part da.

El capitan del puerto habia dicho que si se necesitaba su bote, él mismo lo dirigiría, y cumplió su palabra; de manera que al amanecer ya estaban los cinco hombres metidos hasta la cintura entre las revueltas olas, luchando con heroismo para hacer una buena accion. Decíanse allí pocas palabras. El jefe daba órdenes y los demás obedecian pronta y exactamente. Parecia que siempre habian trabajado juntos. Se trataba de arrancar á la muerte personas á quienes no cono-

cian, y manejaban los remos con la energía de quien no piensa más que en su propia salvación, con una varonil esperanza que no bastaba, sin embargo, á ocultarles los peligros á que se esponían.

Así fué que el barco vió llegar á sus salvadores antes que la luz del día revelase á las gentes de la aldea el peligro que hermanos suyos corrían en medio de las embravecidas olas.

Después de estas esplicaciones, no faltó en el pueblo quien dijera que había adivinado quién era el piloto que conducía el barco en aquellos momentos de gravísimo peligro. Pero bien se podía adivinar que el hombre que se había hecho atar á la rueda del gobernalles no era otro que el capitán.

Otros aprovecharon la ocasión para hacer el elogio del viejo marino. A pesar de sus sesenta y cinco años, decían, no había un hombre más listo y que más serenidad tuviese para afrontar los peligros del mar. Aunque sus enfermedades le impedían á veces hacer todo lo que quisiera, siempre sabía dar excelentes consejos y señalar medidas prontas y eficaces para evitar una desgracia. En cuanto al sepulturero, su mujer sola podía vanagloriarse de haberle reconocido desde tan lejos. Pero su valerosa conducta á nadie sorprendió, porque todo el mundo sabía que aunque vivía de enterrar á los muertos, era buen amigo y buen prógimo de los vivos.

El barco ganó el puerto en bastante mal estado, pero sin haber perdido un solo hombre. La mitad de la gente del pueblo quiso asistir al desembarco y acompañó á la hija del viejo marino, y no hay que decir que la mujer del sepulturero fué también de la partida;

todavía lloraba, pero era de placer.

Se hizo una verdadera ovación á los salvadores del barco. El capitán, aunque calado hasta los huesos y tiritando de frío, bromeó con todo el mundo é hizo reír hasta á la atribulada mujer del sepulturero, que todavía no había vuelto de su asombro de que un hombre que tenía aquel lúgubre oficio sirviese también como hombre de mar.

—Vamos, dijo el capitán, no estará Vd. descontenta de su marido... El hombre creyó que habría muertos que enterrar, pero se ha llevado chasco, y ha probado además que merecía ser marino. Lléveselo Vd. pronto á casa á que mude de ropa, porque á quien no está acostumbrado al agua salada, le hace mucho efecto la primera vez.— ¡Vaya! Alegrémonos todos que hoy es buen día, como que se ha hecho algo por el prógimo, como Dios manda.

.....

Apenas calmó la tempestad el tiempo fué muy bueno. El domingo siguiente, el sol brillaba tan alegremente sobre el pueblecito y sobre el mar, que parecía un día de estío.

Al salir de la iglesia el capitán vió al viejo marino, que no lejos del pórtico, parecía esperar á alguien. Estaba menos encorvado que de costumbre y una inusitada sonrisa iluminaba su semblante. El capitán le hizo seña de que se acercara.

—¿Qué tal? le preguntó, parece que el viaje del otro día le ha rejuvenecido á Vd.

—Rejuvenecido, no, pero me ha consolado, porque he visto que todavía soy útil para algo.

—En eso debe Vd. hallar mas bien una provechosa enseñanza que un consuelo, repuso el capitán. Siempre

está Vd. hablando de su edad, de sus enfermedades, de su inutilidad, etcétera. ¿A qué viene eso?... No siempre sabemos por qué se nos necesita en el mundo y no nos toca á nosotros preguntarlo, pero nadie es inútil mientras vive en el mundo por voluntad de Dios. No puede Vd. desear que ocurra todos los días un naufragio para probárselo, pero debe Vd. aprovechar la lección de anteayer.

—Ya vé Vd. que la hé aprovechado un poco, capitán.

—Tanto mejor, respondió el capitán, que añadió sonriendo:

Después de todo es menor el mérito de Vd. de lo que yo creía, porque, según confesión de Vd. mismo, sin esos amigos, y señaló con el bastón á la Veleta y luego al reloj de sol, es muy probable que se hubiera acostado como tal cosa, y no se hubiese cuidado de estar alerta.

—Es positivo, dijo el viejo marino, que si la Veleta y la inscripción...

—Ya sé, ya sé, ya me lo contó Vd. ayer todo eso. Vamos á ver á esos dos buenos amigos. Quiero examinar yo mismo esa famosa leyenda.

El marino guió á su antiguo jefe hácia el reloj de sol y le señaló la placa enmohecida.

El capitán se inclinó para leer la inscripción, y luego que la hubo leído quedó reflexivo y silencioso algunos momentos.

—Amigo mío, dijo al marino, estos amigos han merecido también una recompensa. Encargo á Vd. que limpie y arregle el pedestal y que ponga la placa en estado de que toda la parroquia pueda leer esa inscripción. En cuanto á la Veleta, para el domingo que viene ha de estar dorada y brillante.

Ya tiene Vd. ocho días de trabajo, en los que no le quedará tiempo para quejarse de su edad y sus enfermedades.

El marino dió gracias al capitán que tan agradable comisión le daba.

—Y mientras vigila Vd. á los obreros que han de subir á dorar la Veleta, no olvide Vd. la lección que le han dado esos dos excelentes consejeros.

El marino saludó y repitió las gracias.

—Quiero decir, continuó el capitán, que ningún hombre es inútil como tampoco nada de lo que Dios ha hecho.

Ocho días después la Veleta dorada de nuevo, se movía pausadamente sobre el viejo campanario; sus movimientos parecían más fáciles y más graciosos. El reloj de sol estaba como nuevo, desembarazado del moho, y favorecido por el astro del día, indicaba las horas con una perfecta regularidad. La placa de cobre, antes casi invisible, llamaba la atención de todos. Más de uno y más de diez, que habían pasado por allí mil veces en la mayor indiferencia, se detenían á leer la sabia inscripción:

*Velad, porque ninguno sabe
cuando llegará su hora.*

Más de uno alzaba los ojos para ver la Veleta que había anunciado la terrible tempestad; más de uno repetía la exclamación del viejo marinero; —«Si, aquí y en todo se vé la mano de Dios.»

—Muy callada está Vd., dijo el reloj de sol á su ágil vecina, ¿es que sigue Vd. todavía de mal humor,

—No señor, de ningún modo, contestó la Veleta. Si estoy callada, es que me encuentro un poco desvanecida, como no acostumbrada aun al



La Guardia civil ha cogido preso á un criminal, y le trae á presencia del señor alcalde. La escena es terrible.

El criminal se ha hecho reo de abuso de confianza comiéndose un plato de arroz en leche que estaba reservado al señor alcalde, y la severa actitud de este anuncia que va á imponerle un tremendo castigo.

Pero el reo mira con tan amorosos ojos al alcalde, que es su amo, y menea la cola con tanto regocijo que el alcalde se ablanda, y le pone en libertad, con escándalo de los guardias, que no gustan de la impunidad de los criminales.

explendor que me rodea: Y además, ya comprenderá Vd. que ahora que hé conocido cuán grande es mi responsabilidad, y veo que todo el mundo me consulta, es natural que esté muy preocupada.

—Lo comprendo, pero mire Vd. como estoy yo también de favorecido. Las cosas han cambiado de aspecto desde el otro día. Me vá pareciendo que Vd. y yo nos equivocábamos. Sin duda eran las nubes las que nos impedían ver claro.

—Sin duda, y nuestro error tiene

escusa. Hay mucha gente en el mundo que tiene mas instrucción que nosotros y que los comete á centenares.

—Ese es un consuelo para nosotros, observó el reló de sol, que estaba muy alegre. Ahora no podemos decir ya que somos inútiles.

—No, puesto que tenemos conciencia de la responsabilidad que nos incumbe.

—Todo es útil á su tiempo.

—Esa es la verdad, y todo obedece á la voluntad de Dios.





LA CARIDAD

Suspended por un momento vuestros infantiles juegos, pequeños lectores de Los Niños, y prestadme atencion.

Voy á hablaros de la tercera de las virtudes teologales; es decir, de la más hermosa de las virtudes.

¿Habrá alguno entre vosotros que tenga la desgracia de no haber oido hablar de la caridad?—De seguro que no.

¿Quién no sabe que la caridad es el bálsamo que cura todas las heridas, la base de todas las esperanzas y el consuelo de todas las penas?

La caridad, no lo olvideis, puede ser el reposo de la conciencia y el camino que conduzca al puerto de la eterna felicidad.

La caridad, como nacida de Dios, enjuga todas las lágrimas y es la mejor compañía que podemos proporcionarnos para seguir el áspero camino de la vida.

Dios dijo al hombre:

Ama á tu prójimo como á tí mismo.

Y dijo más:

Lo que no quieras para tí no lo quieras para otro.

De las notables palabras del Crucificado brotó á raudales la Caridad.

Lo que no quieras para tí no lo quieras para otro.—¿Qué manera tan admirable de dar á conocer en toda su estension y solo con unas cuantas palabras la inmensa importancia de la Caridad, y el alto fin que la misma se propone!

Lo que no quieras para tí, no lo quieras para otro.—Lo cual equivale á demostrarnos que si ajustáramos nuestras acciones á tan divino precepto, el mundo seria un completo paraíso, porque la envidia no tendria razon de ser, y la mayor parte de las malas pasiones que pesan sobre la humanidad serian casi desconocidas.

Lo que no quieras para tí no lo quieras para otro.—Es decir, no desees el mal ageno, aunque no sea mas que por

el temor de que te lo deseen á tí.

La excelencia de semejante doctrina no puede pasar desapercibida para nadie, sobre todo si se tiene en cuenta que la Caridad constituye uno de los principios fundamentales de nuestra é sublime y sacrosanta Religion.

La Caridad prescinde de gerarquias iguala todas las clases.

La Caridad, hermosos niños, no llama casi nunca á la puerta de los poderosos, pero no falta jamás en el hogar de los desvalidos.

La Caridad proporciona las mayores satisfacciones que se disfrutan en la vida, porque sus alegrías son dulces é inefables.

Y en prueba de ello, decidme, gracias lectores de LOS NIÑOS, ¿qué es lo que sentís cuando para remediar una verdadera necesidad os desprendéis, sin escitacion de nadie, acaso del único dinero que poseéis para comprar un codiciado juguete?

¿Hay algo que pueda compararse con la alegría que experimentais en aquel momento y que revela desde luego la sonrisa que aparece en vuestros labios?

¿Necesitais otra recompensa? No; porque no hay recompensa mayor que la satisfaccion que produce la práctica de las buenas obras.

Tened entendido que solo la Caridad puede mitigar ciertos dolores y remediar infortunios al parecer irremediables.

Si en presencia de una terrible desgracia, cuyas consecuencias no podemos evitar, nuestro corazon se oprime y se llenan de lágrimas nuestros ojos, es prueba de que la Caridad se muestra entonces en todo su esplendor y pureza, porque la Caridad, que es la

esencia del amor, quiere que nos amemos los unos á los otros y que lamentemos las desdichas ajenas como si fueran propias.

La felicidad no existe ni puede existir nunca si no tiene por base la Caridad.

La Caridad acude preferentemente donde conoce que es mas necesaria.

Penetrad en los hospitales y hallareis por todas partes solícitas mensajeras de la verdadera Caridad, prestando todo género de atenciones y de cuidados á los que yacen postrados en el lecho del dolor.

En aquellos inmensos y desmantelados salones oireis, mezcladas con los ayes de los que sufren, las palabras de amor y de consuelo de las hermanas de la Caridad, de esas santas mujeres que, olvidándose de sí mismas, practican de una manera heroica la más admirable de las virtudes.

¿Qué sería de los pobres, faltos de hogar y de familia, si no hubiera en el mundo quien se encargara de consolarlos y fortalecerlos?

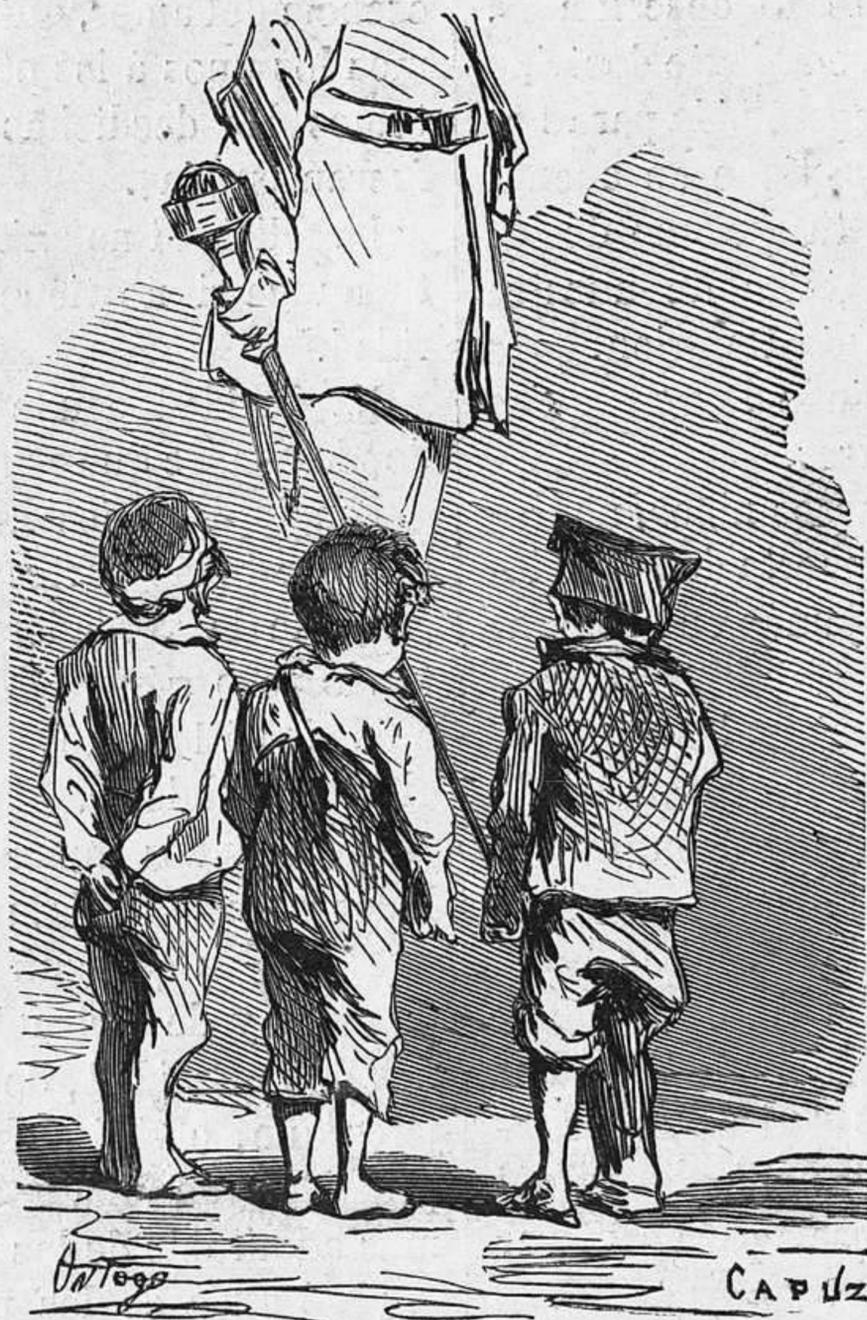
¿Qué sería de tantos infelices, condenados á mendigar el sustento de puerta en puerta, si no divisaran nunca la luz de la Caridad?

¿Qué sería de todos los que padecen, de todos los que tienen herido el corazon por el emponzoñado dardo de los desengaños del mundo, si no existiera la bienhechora Caridad?

La Caridad es el manto bajo el cual se cobijan los afligidos y los desgraciados.

Es el rocío divino que nos reanima y nos consuela.

Es el mismo Dios que desciende sobre sus pobres criaturas, porque Dios, que es todo amor y misericordia, no



El bello ideal de los granujas.

nos abandona nunca en medio de las tribulaciones de la vida.

No lo olvideis infantiles lectores, y tratad de ser buenos y caritativos, cuidando mucho de que ni la vanidad ni el egoísmo se mezclen para nada en vuestras buenas acciones porque de otro modo perderían su mérito.

Hacedlo todo en nombre del deber y por amor al prójimo sin olvidar la gran verdad que se encierra en estos dos versos de un conocido poeta:

«El bien debe hacerse, solo por el placer de hacer bien.»

FRANCISCO DE LA CORTINA.

ADVERTENCIA.—Con el presente número, repartimos á nuestros queridos suscritores el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1871.

Esperamos que nos dispensen el retraso que no ha estado en nuestra mano poder evitar.

Advertimos que el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS no se vende; se regala á los que están suscritos ó se suscriban.